



El Mago de OZ.

Dóroti vivía con sus tíos en una hermosa casa de madera en medio del campo, era una región poco poblada y muy árida. Como único compañero de juego tenía a Totó, un perrito revoltoso e inteligente.



Un día un terrible tornado apareció de la nada y se tragó por completo la casa y el granero. Dóroti y Totó, que estaban jugando dentro, se asustaron mucho al notar como la casa se despegaba del suelo.



Al asomarse a la ventana y ver aquella enorme casa volando en círculos por todo el terreno, no podían creerlo. La casa se mantuvo girando en el aire, pero luego comenzó a volar en silencio, arrastrada por el viento. Era increíble.

Estuvieron así varios días, mirando por la ventana y viendo como volaban dentro de la casa, hasta que comenzó a subir y subir, hasta el punto en que solo podían ver nubes.



Pasaron varios días más, hasta que una mañana, Totó y Dóroti se despertaron con un ruido de madera que crujía.

La casa estaba aterrizando sobre un hermoso césped de un verde brillante. Dóroti ya no tenía miedo y, empujada por la curiosidad, comenzó a salir poco a poco para mirar a su alrededor.



No había rastro de sus tíos, de la granja, de los demás animales ni de los vecinos... ¿Cómo volverían a casa?, ¿Estaban muy lejos?, ¿Dónde estaban?

Dóroti decidió que había que aventurarse en la espesura del bosque para tratar de encontrar la forma de volver a su casa. Quizás un leñador les podría indicar el camino... Así que eso hizo, junto a su amigo Totó, comenzó a caminar bosque a través.



Apenas habían recorrido unos metros cuando, en medio del bosque, la niña pudo divisar un extraño camino.

Entre los arbustos y el césped cubierto de hojas, aparecían unas grandes baldosas amarillas, de un color parecido al oro, que se colocaban amontonadas: grandes, pequeñas y

medianas, cuadradas y redondas, una a una iban conformando un camino que se adentraba en el bosque.

Sin dudarlo, Dóroti comenzó a caminar sobre las baldosas, dando alegres saltos y cantando; mientras que Totó, algo más prudente, olisqueaba el suelo.



Pasaron las horas sin ver a nadie. Cuando, a lo lejos, pudieron ver un espantapájaros que estaba justo al borde del camino.

Se pararon a observarlo un rato y, para su sorpresa, el espantapájaros se quitó el sombrero y dijo:

- ¡Buenas tardes!



¡Dóroti casi se cae del susto! Por su parte, Totó comenzó a ladrar y gruñir. ¿Un espantapájaros que habla?

- Perdona si te he asustado. ¿Tú también vas a ver al Mago de Oz?- preguntó el espantapájaros.

- ¿Quién es ese mago?- contestó Dóroti que aún no podía creer que estaba hablando con un espantapájaros de trapo.

- ¡Es el hombre más sabio y poderoso del mundo! Todo lo que deseas, él puede encontrarlo. Yo me dirijo a Oz para pedirle un cerebro, estoy cansado de tener la cabeza llena de paja.



Entonces, Dóroti supo que, si quería encontrar la forma de volver a su casa, aquel mago debía saber la forma de hacerlo.

Decidió acompañar al espantapájaros, después de tener que separarle de Totó varias veces: en cuanto se descuidaba, el pequeño perro le mordía los tobillos de paja.

En el camino se encontraron con un hombre de hojalata que estaba sentado en una piedra poniendo caras raras.

- ¿Qué te sucede?- le preguntó Dóroti extrañada.



El hombre de hojalata, torció el labio y comenzó a hacer unos sonidos extraños que sonaban a lata hueca.

- Estoy triste- dijo. Había algo raro en su cara.

El espantapájaros, demostrando que en vez de cerebro tenía paja, dijo lo primero que pasó por su cabeza:

- No pareces triste, pareces más bien asustado, feliz, enfadado, alegre, aliviado y cansado... ¡Todo a la vez!

- Ese es mi problema- replicó el hombre de hojalata-. No tengo sentimientos, necesito un corazón para poder sentir de verdad.



Dóroti, Totó y el espantapájaros invitaron al hombre de hojalata a que les acompañara en busca del Mago de Oz. Así cada uno podría conseguir lo que quería.

De repente, apareció un león en el camino. Todos se asustaron porque no se imaginaban que era el león más cobarde del mundo. Quería ser valiente, pero no sabía cómo hacerlo. ¡Hasta tenía miedo de su sombra!



El león estaba en mitad del camino. Caminaba distraído, olisqueando el suelo y parándose para lamerse las patas. De pronto, giró la cabeza y se quedó petrificado al ver a Dóroti, a Totó y a sus nuevos amigos que estaban totalmente quietos y con cara de miedo.



El asustadizo león pensó que algo terrible debía de haber entre los matorrales y, por eso, aquellas personas tenían esas caras de miedo. El espantapájaros volvió a decir lo primero que le pasó por la cabeza.

- ¡No nos comas leoncito, no nos comas! Y si quieres comer, que no sea a mí. Soy de paja y no tengo buen sabor.

- ¿Comeros yo?- preguntó el león muy extrañado-. ¡Si pensaba que había una bestia detrás de mí que nos iba a comer a todos!

La carcajada fue general, una confusión muy divertida.

- ¡Me siento alegre!- exclamaba el hombre de hojalata una y otra vez.

Juntos emprendieron el viaje al lejano reino de Oz para hacer sus peticiones al mago.



En dirección al castillo del mago, el paisaje se volvió cada vez más extraño y fascinante: curiosas flores y plantas gigantesas sonreían a los recién llegados. En un momento dado, en la cima de una montaña lejana, apareció un enorme castillo. ¡Allí vivía el Mago de Oz!